MUJERES QUE DEJAN HUELLA

"Luchadoras, valientes, abnegadas...
Ante tantos valores humanos, quiero
rendirme a tales bondades
y, sin dudarlo, quitarme el sombrero."

Anónimo

PRÓLOGO

Bajo el título "Mujeres que dejan Huella***", el Equipo Técnico de las Delegaciones de Familia y Servicios Sociales, Mujer e Igualdad y Participación Ciudadana del Distrito Centro de nuestro Ayuntamiento de Córdoba,*** hemos querido poner en marcha, de manera coordinada, esta iniciativa literaria que tiene como objetivo ofrecer la oportunidad, a las personas mayores del distrito, de rendir un merecido homenaje público a una mujer que haya sido especial en sus vidas. Mujeres anónimas para la sociedad pero muy reales para las mujeres que han participado y cuyos valores y capacidades humanas son dignas de admiración.

Al ponerle nombres y rostros pasarán a ser referentes de todas/os nosotras/os y estaremos defendiendo la permanencia social de aquellos valores que han representado a lo largo de su vida.

"Mujeres que dejan Huella" recoge el trabajo de un grupo de mujeres, que ahondando en su larga trayectoria vital, han querido reavivar sus recuerdos y contarnos la vida de otras mujeres que ellas conocieron, con las que compartieron experiencias y que, aunque no aparecen en los libros, las consideran un verdadero ejemplo de entrega, valor, esfuerzo y capacidad para adaptarse a las dificultades e imprevistos que la vida les deparó.

Si la Historia Oficial está marcada, dirigida y nombrada por personajes, mujeres y hombres, con formación y capacidades de trascendencia social, la historia de estas personas, llamémoslas "normales", se circunscribe a su ámbito personal, a su entorno familiar. Cada ser humano recibe influencias de manera permanente desde su nacimiento y aún antes. Todos, mujeres y hombres, aprendemos cada día de nosotras y nosotros mismos y, sobre todo, de los/las demás con quienes cada día nos relacionamos.

Si en la primera infancia e incluso la primera juventud, solemos tener ídolos famosos a los que admiramos o soñamos admirar, con la madurez vamos aterrizando en nuestra realidad y es entonces cuando centramos nuestra retina en las personas de nuestro entorno, las mujeres y hombres que conocemos.

Esas personas de cuyas vidas somos testigos directos porque están ahí, son de carne y hueso, y también de sentimientos y de alegrías y de sufrimientos: son personas vivas que nos han dejado o nos dejan una huella que marca nuestras vidas. Son nuestros ídolos reales.

Pues bien, este humilde trabajo es eso lo que pretende; dar luz a mujeres, esas mujeres que han sido ejemplos reales de otras mujeres que, con su impronta, su ejemplo, su capacidad y su sabiduría popular, sus pocas herramientas vitales, han tenido y han sabido vivir su existencia afrontando situaciones, casi nunca fáciles, que han sabido resolver de frente, con fortaleza y dignidad.

Por sus acciones, sus capacidades, sus realidades extremas, nos han impresionado al tiempo que se han convertido en estímulos vivos que nos dan fuerza y nos orientan en los recovecos de la vida.

Con esta idea marcada en nuestro proyecto, decidimos animar a varias mujeres, las cuales se han desplazado hasta el Centro de Mayores "Duque de la Victoria" de nuestra ciudad, cada miércoles, para trabajar unidas por la fuerza que da el encuentro y las ganas de compartir risas y lágrimas y, de manera especial, acabar con la terrible soledad que a veces se apodera de nuestras vidas. Nuestro último objetivo: fomentar la escritura como bálsamo para las almas.

A las dos mujeres que nos cuidaron

Mi madre, Elisa Merino Díaz, perdió la vida con 39 años de edad, dejando tres hijos de corta edad, el mayor con 11 años, la segunda con 9 años, que soy yo, quien escribe estas palabras, y el más pequeño con sólo 5 añitos.

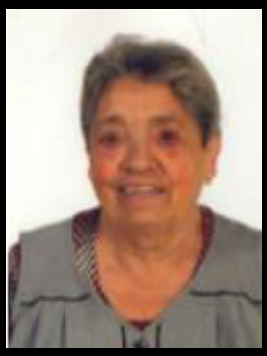
Después de dos meses postrada en una cama, al morir, quiso despedirse de nosotros, sus hijos, y por eso pidió a mi padre que nos acercara a la habitación. Fue su último deseo. Murió tranquila, a partir de ese momento quedábamos huérfanos de nuestra querida madre.

Mi abuela paterna se hizo cargo de nosotros. En aquellos tiempos ella tenía ya 73 años. También nos cuidó mi tía, una hermana de mi padre.

Mi padre ha sido para nosotros padre y madre a la vez. Siempre fue un buen padre y a su vez, un buen hijo.

Esta tía que también se encargó de nuestro cuidado se llamaba Ana y ya tenía 3 hijos, criándonos por tanto todos juntos, hijos y primos como verdaderos hermanos, seis hermanos. Ella supo ser para nosotros una segunda madre, Dios bendiga a mi tía.

Por eso, para mí, una mujer que dejó huella en mi vida, a parte de mi tía, ha sido mi madre, que aunque nos dejó demasiado pronto yo sé que desde el cielo siempre ha cuidado de su tres retoños.



Purificación Muñoz Merino

La hermosa sonrisa de Mari Carmen

Mari Carmen es una mujer de bello espíritu, amante de lo hermoso, morena clara, de larga melena color castaño, siempre de joven se hacía dos trenzas que llevaba hacia lo alto de la cabeza dejando el resto del cabello suelto en la espalda.

Sus ojos marrones tienen mucha luz. Recuerdo su joven piel como de terciopelo, la nariz redonda y pequeña, graciosa, las orejas ni muy grandes ni muy pequeñas, de labios carnosos y bonitos, viene a mi memoria su sonrisa, como si fuera realmente sonrisa de un ángel.

Siempre estaba dispuesta a ayudar a otros, entregada a lo que Dios quisiera de ella. Es una mujer que marcó mi infancia. Era 10 años mayor que yo y siendo una niña, me encantaba estar con ella, me hacía feliz recibir sus palabras amables siempre, su humildad, su entrega con las personas más necesitadas.

Su amor y misericordia junto con su incondicional amor a Cristo la llevó a la decisión de ingresar en un convento pero por un problema de salud no se lo permitieron. Cargada todavía con la fuerza que sólo da la fe en Dios y en ella misma, tomó la determinación de preparar a niños y niñas para su primera comunión y, retirada de todos los placeres que da esta vida, disfrutaba con los pequeños.

Recuerdo con especial añoranza la cara de felicidad de mi hermano Manolo, al probarse el traje de su primera comunión, un traje que ella misma había hecho para él. Nunca se casó, dedicando su vida a los más pequeños y pequeñas, y también al cuidado de sus propios padres.

Mari Carmen Soldevilla, fue una gran mujer, anónima, pero muy real, llena de valores y capacidades humanas. Aún ahora, pasados tantos años, hay muchas personas que guardan en sus corazones el agradecimiento y el buen hacer de ella.

Nunca se casó. Con el tiempo se trasladó a Málaga y, una vez allí, comenzó a salirle una cicatriz en la frente, una cicatriz que coincidiendo con ciertas fechas se le pone pintada en sangre. El padre de Mari Carmen, contaba lo que a su hija le ocurría y esto le costó que lo apresaran pero al comprobar que lo que contaba era cierto le soltaron.

En la actualidad Mari Carmen Soldevilla sigue viviendo en Málaga y ya cuenta con 99 años. Vive con su hermana de 92 y, aún hoy en día, le siguen pasando algunas cosas inexplicables. En varias ocasiones se ha caído y a su edad nunca se ha roto ningún hueso. Hasta sus cabellos vuelven a crecer nuevamente, resistiéndose a perder la vitalidad.

Esta mujer ha marcado mi vida y para mí es un gusto poder escribir parte de su historia, una historia que estoy segura que quedará marcada en muchas personas, como también ha quedado marcada en mí.

Mari Carmen Soldevilla, cuando ya no esté en esta vida, seguro que estará en algún lugar del cielo rodeada de pequeños y pequeñas dibujando sonrisas en las caritas de los ángeles, que felices la escucharán.

Mujer que sin duda ha dejado una huella imborrable en mí.

Carmen Álvarez Jiménez

A ti, Matilde

No tuvo niñez. Era una niña tan inocente como alegre y desinhibida, como cualquier otra niña de su edad.

Con tan sólo nueve años cuidaba a los hijos e hijas de un matrimonio en un cortijo cercano al pueblo. Unos años después, recolectaba en el campo acompañada de una cuadrilla de hombres y mujeres mayores que ella. Para la abuela era su niña mimada, la preferida.

La protegía de todo cuanto ella pensara que podría perjudicarla, le molestaba incluso el aire que pudiera lastimarla. Del mismo modo, para la pequeña, estar cerca de la abuela la hacía sentirse querida, le daba seguridad y le facilitaba su día a día.

Su padre era un hombre tan dictador como déspota y parecía que disfrutaba haciendo sufrir a la niña, obligándola a trabajar duro y a cuidar de su hermano.

Al cumplir dieciocho años se convirtió en una preciosa muchacha. Se enamoró de un joven apuesto, llamado Juan.

Sin embargo, tampoco fue fácil la relación de la joven pareja: el joven apuesto y la preciosa muchacha eran primos hermanos, pero estaban plenos de amor, así que a pesar de la oposición de la familia lucharon y se casaron pronto.

Esta linda joven estaba muy enamorada de Juan y pronto vino un retoño, fruto de su amor. Sin embargo no tardaron en llegar tiempos difíciles y complicados, Juan enfermó.

Fueron tiempos de tristeza y lágrimas pero también pasaron estos años y volvieron a sonreír y el buen esposo mejoró. Nació un nuevo hijo de esta unión.

Hoy en día, aquella buena muchacha es una mujer metida en años, muy trabajadora y llena de vida.

Para mí, es una mujer llena de capacidades y valores, sufre con el sufrimiento de los demás y ríe con las alegrías de otros.

Sin duda es una mujer que deja huella.

Gloria Díez Antequera

La tía Manuela

Mi infancia fue testigo de la guerra civil y más tarde de la postguerra. Un tiempo difícil de olvidar y más aún cuando eres una niña y tienes que presenciar la pérdida del hogar familiar.

La necesidad hizo que me tuviera que trasladar a casa de mi abuela con la única compañía de un escaso pero pesado equipaje. Era el gran peso de mi propia soledad.

Allí, en casa de mi abuela, residían los tres hermanos de mi padre. No eran tiempos para mimos. De mis tres tíos, recuerdo con especial cariño a Manuela, "La tía Mañu". Los otros dos tíos, siendo buenos conmigo, no conectaban tanto.

La relación con mi tía siempre fue de madre e hija hasta el punto de que mi madre en alguna ocasión llegó a sentirse celosa.

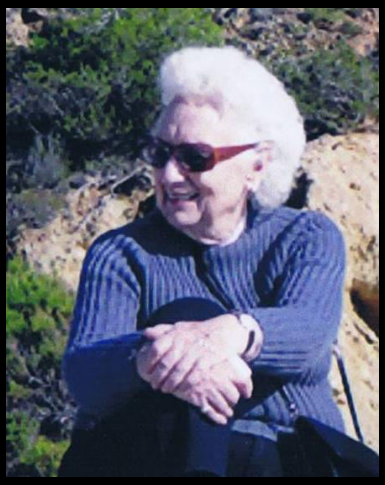
La tía Mañu era mi confidente, podía hablar de cualquier tema y siempre tenía en sus labios un sabio consejo, el más adecuado.

Ella se casó y pronto tuvo un hijo, aún así yo nunca noté que mi primo recibiera más cariño que yo. Mi tía Manuela siempre me repetía: "Eres la niña que siempre me hubiese gustado tener".

Recuerdo un día, cuando yo siendo niña jugaba en unos jardines, caí al suelo y llorando recurrí a ella, sacando la mano me dijo: "¡Eh, las mujeres vascas no lloran!"

Aún hoy, cuando hilos de plata blanquean mis cabellos, me siento orgullosa de aquella mujer. En otra ocasión me dijo: "las mujeres deben ser fuertes" y con el tiempo he podido comprobar que así ha de ser.

Y aunque hoy en día no soy de lágrima fácil, he de reconocer que aquella mujer me enseñó el verdadero significado del valor humano.



Lidia Irureta Zapater

A mi madre, mujer trabajadora y llena de amor por sus 13 hijos

Manuela, mi madre, era una muchacha tan hermosa como trabajadora, que por suerte del destino comenzó a trabajar en la casa de unos señores.

El matrimonio tenía un hijo que se llamaba José y nada más ver a Manuela quedó prendado de ella. Tan bella era su cara como su voz, buena cantaora de saetas. Años más tarde, incluso saldría en un libro en Ayamonte. Este pueblo la reconocería como una de las mejores saeteras.

Mi madre tenía el pelo rizado y rubio, siempre lo llevaba recogido. Su boca era pequeña y su nariz chata. Las piernas delgadas. No era muy alta.

La señora de la casa nunca estuvo de acuerdo con la relación entre José y Manuela por lo que la doncella tuvo que salir de la casa y seguir su trabajo en otro lugar. A pesar de todas las contrariedades la joven pareja llegó a casarse. El amor una vez más venció.

El matrimonio tuvo trece hijos, de los cuales yo soy la tercera. Mi nombre es Juana y hace ya algunas décadas un pueblo de Huelva me vio nacer.

Recuerdo mi infancia siempre llevando a algún hermano mío más pequeño que yo en brazos. Ayamonte escuchó mi primer llanto.

Mi hermana Carmen se encargaba de mis hermanos más pequeños. Recuerdo a mi madre siempre embarazada, lavando a mano en la pila la ropa de toda la familia.

Recuerdo el olor a cal desde mi cuarto, cuando todos nos acostábamos y mi madre se quedaba encalando la bajera por las noches. Mi madre comenzó a trabajar en una fábrica de conservas en el pueblo, cobraba un salario modesto pero ayudaba en los gastos diarios de la familia.

Y esta es la humilde historia de mi familia y de cómo el amor triunfó y dio sus trece frutos.

Esta historia se la dedico a mi madre
por ser una mujer llena de valores humanos.

Juana Vázquez Martín

Mis dos madres

Mi madre se llama Carmen, de profesión frutera. Su ocupación hizo que Emilia y Conchi fueran las vecinas encargadas de sacarme a pasear. Ellas me criaron.

Emilia era costurera, cuidaba de mi madre y de mí. Conchi, murió cuando yo contaba 33 años y para mí fue pasar un trago horrible ya que ellas eran mis manos y mis pies.

Hasta sus últimos días quise acompañarlas a las dos en sus graves enfermedades, pasando muchas horas de hospital a su lado, en "Los Morales", un sanatorio de la ciudad de Córdoba.

Malos tiempos fueron también cuando mi padre murió de un infarto y a los dos años murió mi madre con esa enfermedad tan terrible que es el Alzheimer.

Ahora, pasado el tiempo, recuerdo con especial cariño, cuando ellas me llevaban al cine de verano, me hacían disfrutar y sentirme feliz. Emilia falleció hace quince años pero para mí es como si hubiese sido hoy mismo. Desde que ellas no están aquí nunca más he disfrutado de una película en el cine de verano.

Ahora mi sobrina adolece de la misma enfermedad que Emilia, de nuevo revivo aquellos malos momentos y vuelvo a recaer.

Para mí, Conchi y Emilia, mucho más que dos vecinas, son mujeres que supieron dejarme una gran huella.

Carmen López Guillén

A mi madre, una vida dedicada a todos

Rafaela Jiménez Pedrosa es mi madre y nació en La Rambla el 18 de Junio de 1914.

Hace unos días cumplió 99 años. Una vida larga, con momentos duros y momentos felices, que ella ahora no recuerda porque hace 4 años enfermó de Alzheimer y ha ido perdiendo poco a poco la memoria.

Mi madre siempre fue de pelo negro y ojos verdes, una tez morena pero suave y tersa. A sus 99 años no parece la misma por su enfermedad.

El Alzheimer ha apagado su mirada, ahora la tiene perdida y aunque sigue conservando una gran cantidad de pelo ahora sus cabellos se volvieron plateados.

Fue la cuarta hija de una familia modesta, que se dedicó principalmente al campo. A los 10 años empezó a trabajar como niñera y a los 14 conoció a Rafael, mi padre y el compañero de su vida, hasta que él murió en 1991. Siempre estuvieron enamorados y muy unidos. Se casó con 20 años y en 1936 nació su primer hijo, Rafael.

Meses más tarde llegaría una época difícil. Comienza la guerra civil y mi padre, que siempre tuvo fuertes convicciones políticas, se marcha a luchar en el bando republicano.

Ella se queda en el pueblo con el niño y tiempo después su suegro se va a vivir con ellos. Durante esos años apenas tiene contacto con Rafael y cuando termina la guerra y él regresa van saliendo adelante con dificultad.

Mi padre trabaja como jornalero en distintos cortijos y a veces hace picón, que mi madre vende en la casa. En 1940 nací yo, su única hija. Un mes después muere una cuñada, dejando un niño pequeño con pocos meses. Mi madre decide acogerlos y a partir de ese momento tiene que cuidar a tres hombres y tres niños. Estuvieron con nosotros hasta que mi tío se volvió a casar. Más tarde, en 1942 nace Juan, su tercer hijo, y en 1944, el cuarto, Lorenzo.

Durante la posguerra, intentando evitar ser detenido por motivos políticos, mi padre estuvo desaparecido durante un año. Era lo que se llamaba "prófugo", viviendo fuera y con otro nombre. Al final lo detienen y pasa un año en la cárcel de Córdoba.

Tenían unas cuantas cabras y ella hacía queso para venderlo, junto con la leche. Cuando podía, venía desde La Rambla para visitarlo y traerle alimentos.

Mi madre nunca participó en asuntos políticos, pero compartía con su marido la creencia en un mundo más justo y en una vida digna para todos.

Esto y el amor que se tenían, hicieron que lo apoyara, a pesar del sufrimiento que padeció.

Mi padre sale en libertad y en 1948 nos trasladamos a Córdoba. Empieza a trabajar en una fábrica y a partir de entonces, decide silenciar su compromiso ideológico para no perjudicar a la familia.

Ella siempre ha sido una mujer generosa y fuerte, de una forma callada pero constante.

Cuando venían paisanos de La Rambla para ingresar en el hospital, hacía comida por las noches para sus familiares.

A la muerte de su padre, vinieron a vivir con nosotros mi abuela materna y mi tía Antonia, con las que estuvo hasta el final.

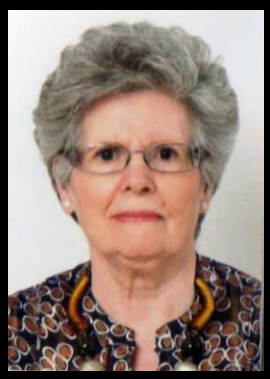
Recuerdo las reuniones y los peroles de aquellos días. Abuelos, tíos, primos y amigos compartiendo lo que hubiera en casa y disfrutando juntos.

Ha pasado su vida cuidando de los suyos. No ha sido persona de discusiones y siempre ha tenido un carácter discreto y conciliador.

Siempre fuimos una familia unida y ella una madre cariñosa, que nos hizo sentir muy queridos.

Nos educaron el respeto a los demás y la responsabilidad en el trabajo. Hoy en día sigue siendo una mujer importante para todas las personas que la conocemos. Ahora vivimos las dos solas y desde que enfermó, mis hermanos y yo la cuidamos.

Aunque apenas nos reconoce, se siente bien con las muestras de afecto. Le gustan los abrazos y los besos y en ella seguimos viendo la mujer tierna que siempre ha sido.



Antonia Moreno Jiménez

En este proceso de creación literaria y recreación personal de los afectos y los valores humanos, las participantes han querido mostrarnos otros hechos ocurridos en sus vidas, con el fin de compartirlos con todas aquellas personas que os acerquéis a esta publicación.

"No hay barrera, cerradura ni cerrojo que puedas imponer a la libertad de mi mente."

Virginia Woolf

A mi nieta Sandra

Adoro a mi nieta Sandra y aunque también tengo otros nietos y nietas, a ésta la quiero de forma especial ya que, tanto a ella como a su hermano Rafael, los crié yo misma.

Ahora ella tiene treinta años y siempre quise ahorrarle todo el dolor que estuviera en mis manos, por eso, cuando hace unos días tuve una caída importante, que a día de hoy hace visibles las magulladuras en mi cara, no le quise decir nada. En otras ocasiones, cuando sentí dolor también se lo oculté. No quiero que ella sufra nunca.

A Rafael, su hermano, que ahora tiene veintiocho años, sí se lo dije, lo veo más fuerte aunque es menor que ella. Sandra siempre será mi niña pequeña. Cuando su madre se quedó sola con su hija y su hijo, abandonados los tres por su padre, mis manos fueron las que limpiaron sus lágrimas, mi alma fue la que acogió a mi hija y a sus dos pequeños.

El abuelo nos dejó hace algunos años pero para mis nietos aún vive, lo recuerdan perfectamente, incluso Sandra tiene una foto suya, ella dice que aún hoy el abuelo la ayuda mucho.

De Sandra me siento su madre por partida doble, la he criado desde que tenía tres añitos.

Cada día soy más consciente de que el cariño que os tengo es muy grande, más de lo que podéis imaginar los tres, pero mi pequeña Sandra y su madre son dos mujeres que siempre dejarán huella en mi vida.

Juana Vázquez Martín

Pidiendo justicia

Es increíble pensar lo que a cada persona nos tiene preparado el destino.

Hay personas que sufren mucho debido a las enfermedades que se les presentan. Unos sufren por su hijos o hijas, otros por sus nietos y nietas, y otros, como una gran amiga mía, sufre por su hermana y su sobrina que padecen una enfermedad horrible y aunque mi amiga es soltera no le faltan preocupaciones.

¡Malditas enfermedades y sufrimientos!, causas por las que tantas personas padecen. ¡Dios, te pido que esta vida no sea tan injusta!.

Me gustaría que todas las personas pudiéramos ser felices, que no existieran las enfermedades, ni las desgracias. Que todas las personas viviéramos una plena felicidad junto a nuestros seres más queridos.

Me gustaría que no existiera gente que se alegre de los males de otras personas y que tampoco hubiera mujeres y hombres que disfruten con el daño ajeno, que no existieran las guerras.

Yo no quisiera que nadie fuera infeliz. Por eso dedico mi escrito a todas las mujeres que dejan su huella y su vida por una causa justa.

Gloria Díez Antequera

Recuerdos de mi infancia

Recuerdo a mi abuela Dolores, la madre de mi padre, viene a mi memoria su candidez, su paciencia, el cariño que siempre puso en todo cuanto yo hacía. Yo siempre fui para ella su princesa.

La abuela contaba ya con setenta y tres años cuando se hizo cargo de mí y de mis hermanos. Por su avanzada edad, no estuve todo el tiempo que me hubiera gustado estar a su lado, tan sólo pudimos disfrutarnos once años, pero esos once años marcaron mi infancia de una manera incondicional.

Pasa por mi mente el recuerdo de mi tía Ana, joven y hermosa, bondadosa, no tuvo reparos en descargar sobre nosotros el inmenso cariño que nos regalaba, ofreciéndonos todo cuanto ella tenía sin desmerecernos junto a sus tres hijos propios.

Mis dos hermanos y yo junto con mis primos compartimos una infancia preciosa, cargada ahora de recuerdos que me gustaría vivir.

También viene a mi memoria octogenaria mi padre, quien supo desempeñar victorioso dos papeles a la vez para mí y mis hermanos, dos papeles imprescindibles, el papel de padre y de madre al mismo tiempo.

Tanto mi abuela Dolores como mi tía Ana fueron mujeres reales con valores humanos dignos de admirar.

Purificación Muñoz Merino

El sufrimiento de una madre

Esta mañana, cuando me miré al espejo, me vi diferente, ya soy mayor, muchas arrugas en la cara, supongo que son las cicatrices que el tiempo se encarga de dejar marcadas en cada uno de nosotros y nosotras.

Me considero una buena madre, cariñosa, aunque a veces no lo sepa demostrar, quiero mucho a mis hijos y a toda mi familia, también me encanta estar con mis amigas.

He tenido 4 hijos. Uno de ellos lo está pasando muy mal, su esposa tiene problemas de salud y él sufre mucho por verla así. Ella también lo está pasando mal.

Cuando escribo estas palabras las lágrimas mojan mi cara. Veo que ni mi hijo ni su esposa se merecen pasar por todo esto, él es profesor en un instituto y ella es bióloga, los dos tienen sus estudios y podrían vivir muy bien pero por culpa de la enfermedad no es posible.

La enfermedad también es la causa de que otro hijo mío lo esté pasando mal. Él estaba casado con una mujer de Gran Canaria y eran muy felices, tienen dos hijos, pero un buen día sin dar muchas explicaciones ella se marchó a Canarias y se llevó a los niños dejando a su marido lleno de trampas.

En verano los niños venían para ver a su padre y a la familia, yo los cuidaba, así hemos estado durante 14 años.

Un día, mi hijo me dijo que había conocido a una chica. Se enamoraron y se fueron a vivir juntos .Eran muy felices ya que el hijo mayor de su anterior matrimonio, mi nieto, se vino a vivir con su padre y su nueva esposa.

Pero de nuevo la enfermedad vino a visitarnos, mi hijo cayó gravemente enfermo, ahora está mejor y tenemos buenas esperanzas, según nos han dicho los médicos.

Estoy sufriendo mucho con mis dos hijos. Mis otros dos hijos están bien de salud, gracias a Dios.

Carmen Álvarez Jiménez

Una gran familia

Queridos hermanos:

Esta carta es para deciros lo feliz que me hacéis y lo orgullosa que estoy de vosotros. Os portáis muy bien con mamá y conmigo.

Cuando papá dejó esta vida, nos comunicó que se iba muy tranquilo porque él sabía que mamá se quedaba en nuestras buenas manos.

Nuestro padre, que bien nos conocía.

Todos sabemos que lo que papá quería era que no nos viéramos separados, que nos siguiéramos juntando en cada Navidad, en cada fin de año, en cada fecha señalada de cumpleaños.

Pero todo esto sí que ha cambiado, ya que desde que papá se marchó ya nunca la familia entera ha vuelto a reunirse.

Deberíamos pensar lo feliz que haría a papá y a mamá el hecho de vernos unidos toda la familia.

Pensemos en ellos, en nuestros padres y así nos será más fácil a todos el poder revivir de nuevo la unidad familiar porque yo estoy segura que formamos una gran familia.

Antonia Moreno Jiménez

"Mujeres no se detengan nunca: siempre tened presente que la piel se arruga, el pelo se vuelve blanco, los días se convierten en años...Pero lo importante no cambia; tu fuerza y tu convicción no tienen edad.

Detrás de cada línea de llegada, hay una de partida, detrás de cada logro hay otro desafío.

Mientras estés viva, siéntete viva."

Anónimo

"¡Venciste, mujer! Con no dejarte vencer."

Pedro Calderón de la Barca

ORGANIZAN

AYUNTAMIENTO DE CORDOBA
Delegación de Participación Ciudadana, Mayores y Juventud

córdoba cuenta contigo

AYUNTAMIENTO DE CORDOBA
Delegación de Mujer e Igualdad

AYUNTAMIENTO DE CORDOBA
Delegación de Familia y Servicios Sociales

Centro de Servicios Sociales Comunitarios La Ribera